

Un día sin la OEA



Alan Stoga
Presidente Zemi
Communications.

MIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ, ex presidente de Costa Rica, le hizo al hemisferio un gran favor el día que renunció a la presidencia de la Organización de Estados Americanos (OEA) para retornar a casa y enfrentar cargos por corrupción. Su partida creó un revuelo entre países y candidatos para encontrar un sucesor en un proceso que hace parecer transparente hasta la elección de la sede para las Olimpiadas.

Sin embargo, la vergüenza de perder un flamante presidente de la OEA por corrupción es superada por la oportunidad que su partida abre para hacer algo que debió haber sido realizado hace mucho tiempo: poner fin a la OEA.

Fundada en 1948, la OEA fue reenergizada por el presidente Kennedy como parte de su iniciativa para comprometer a América Latina. Sin embargo, la OEA salió hace mucho tiempo del radar hemisférico. Los verdaderos asuntos políticos de las Américas son conducidos bilateralmente o a través de la creciente proliferación de cumbres regionales y subregionales. Mientras el comercio intra hemisférico se hace más importante, Nafta y, especialmente, Mercosur se están transformando en foros donde presidentes y ministros discuten asuntos políticos que podrían, en otra situación, pasar a dominio de la OEA.

Tampoco la OEA ha logrado distinguirse por su papel en la gestión de crisis. La organización ha estado ausente en las mayores crisis políticas de la región, incluyendo la revuelta en Haití, el conflicto entre la oposición venezolana y el presidente Hugo Chávez, y la reciente confrontación entre Colombia y Venezuela que parece haber sido calmada por el presidente Lula con el curioso respaldo de Fidel Castro. La noción de acudir a la OEA –en vez de al Departamento de Estado, el Palacio do Planalto o a cualquier otro de los centros reales de poder– es improbable que se atravesara por la mente de un presidente o de un líder de oposición en aprietos.

La OEA, para bien o para mal, es impotente e irrelevante.

Desafortunadamente, tal como el resto de la infraestructura política internacional que fue construida para otra era, la OEA se mantiene con vida a través de una combinación de inercia y una burocracia que lucha por su supervivencia. Su sede en Washington es un maravilloso puesto para embajadores que buscan una labor tranquila o para ex líderes que carecen de la estatura para aspirar a un trabajo más prestigioso en las Naciones Unidas. Ofrece, además, una conveniente excusa para la inacción gubernamental: la manera más simple para asegurarse de que una iniciativa va a morir es enviarla a la OEA.

Defensores de la organización señalan la Carta Democrática Interamericana, promulgada hace unos años, como uno de sus méritos. La Carta compromete a todos sus firmantes con procesos democráticos y a aplicar sanciones contra quienes los violen. El único problema es que la democracia es hoy, comprobadamente, más débil que lo que era en 2001, cuando la Carta fue firmada. Hoy es mucho más probable que los gobiernos sean desafiados por protestas callejeras, tal como ha pasado en Bolivia y Argentina. Políticos de oposición, líderes de ONG, jueces y periodistas corren hoy más riesgos de los que han corrido en al menos una década. Y cualquier encuesta muestra que la gente es cada vez más escéptica sobre la democracia y sus beneficios.

El punto es simple: la OEA existe y opera en un mundo que está divorciado de la realidad. Pongámoslo de otro modo: ¿Notaría alguien –más allá de sus burócratas que reciben atractivos salarios internacionales– si la OEA desapareciera mañana? Muy probablemente no. Ésta es la única respuesta imaginable.

Es obvio que las Américas requieren una arquitectura política efectiva para enfrentar temas como terrorismo, medio ambiente, lavado de dinero, drogas y migración, así como para movilizar recursos contra epidemias como el sida, la fiebre aviaria, la tuberculosis, entre otros. En una era de globalización, las amenazas a la seguridad nacional se han multiplicado y transformado. Pero aún seguimos dependiendo de instituciones como la OEA, construida en tiempos de la Guerra Fría para propósitos muy distintos.

La ironía es que uno de los mayores partidarios de la OEA es la administración Bush, la cual debería reconocer una burocracia inefectiva y sin propósitos al encontrarse con ella. Sin embargo, la explicación es simple. Por una parte, el gobierno de EE.UU. sufre de la inercia burocrática tal como cualquiera. Y, por otra, el compromiso con la OEA es una excusa conveniente para no adquirir un compromiso más serio con América Latina.

Quizás tenemos suerte. El debate actual para un sucesor del desafortunado Rodríguez podría arrastrarse interminablemente, con mexicanos, chilenos y centroamericanos peleando por el honor de conducir lo que se ha convertido en una invisible e irrelevante organización para la mayoría de la gente en las Américas. Mientras tanto, los burócratas podrían aburrirse y el último en salir podría simplemente apagar la luz. Nadie lo notaría.

Esta fantasía es improbable. Pero sí es posible que un extendido debate sobre quién debiera liderar la OEA se transforme en un debate sobre si la necesitamos y, si es así, qué es lo que debiera hacer. ■